

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO X.

✓ 73
LAS HIJAS DEL CID.

PARAFRASIS

DE LAS CRÓNICAS DE AQUEL FAMOSO CABALLERO,

COMPUESTA POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.



LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

—
1862.

LO QUE ES ESTE LIBRO.

EL autor de este libro le ha leído cinco años después de haberle compuesto, y va á decir en pocas palabras el juicio que ha formado de él. No le faltan amigos que hubieran engalanado su obra con un excelente prólogo; pero los prólogos de ajena cosecha que recomiendan los libros modernos, le desagradan tanto como las décimas y los sonetos que recomendaban los libros antiguos. No pretende echar por tierra una costumbre literaria muy generalizada en el día, pero tampoco quiere abandonar su antigua costumbre de hacer lo que en su concepto debe hacerse, y no lo que hacen otros. Si los prólogos son *para explicar* y no *para encomiar* los libros, ¿quién mas competente que el autor para escribirlos? ¿Quién podrá explicar un libro mejor que el que le ha compuesto? Pero es muy fácil, dirán algunos, que al hablar el autor de sus propias obras traspase los límites de la modestia. A esos se puede contestar: el que no sepa contenerse en esos límites, que no componga libros, pues si carece de ingenio para lo primero, mucho mas carecerá de ingenio para lo segundo. Téngase en cuenta al leer las siguientes líneas para hacer la correspondiente rebaja, lo que ciega el amor de padre, y se tendrá una idea aproximada del valor de este libro sin necesidad de leerle.

Este libro no debe gustar á los que buscan en las novelas históricas grandes peripecias, dramas de grande espectáculo, pasiones y caracteres extraordinarios, un mundo que no se parece al mundo en que vivimos. Su autor confiesa humildemente que carece de imaginación para inventar cosas tan divertidas como esas.

Este libro no debe gustar tampoco á los que buscan en las novelas históricas obras rigurosamente sintéticas, partes que constituyan un todo, piezas que formen una máquina perfecta, rasgos que conspiren á un mismo fin como aconsejan, con

razon, los maestros. Su autor confiesa tambien con gran sentimiento que carece de ingenio para cosas tan buenas como esas.

Pero este libro tal vez será leído sin disgusto por los que buscan en las novelas históricas:

La historia tal como la presentan las crónicas ó las tradiciones orales, algo parafraseada para que resulte algo embelecida;

La lengua castellana un poco restituida á su antigua y majestuosa pureza;

Algo de las costumbres y de los sentimientos que caracterizaban la época á que el novelista se refiere;

El mundo en que vivimos sin mas alteracion de colores que la que ofrece mirado por el prisma de la poesía,

Y algun destello del sentimiento que Dios suele dar á los poetas honrados cuando, como al autor de este libro, les niega privilegiada inteligencia.

Hé aquí lo que es este libro: los que quieran la verdad que le lean; los que quieran la fantasía que le cierren.

LAS HIJAS DEL CID.

CAPITULO I.

De cómo al tornar á Burgos mio Cid vió tales cosas que lloró como una hembra.

Era una apacible tarde de primavera, y los villanos de las cercanías de Vivar trabajaban en los campos, no como otras veces cantando las glorias del Campeador en populares romances, sino callados y tristes.

¿De qué provenían aquel silencio y aquella tristeza?

Cada vez que dirigían la vista al castillo de Vivar, que se alzaba, también callado y triste, en una colina inmediata, suspiraban dolorosamente y dejaban escapar de sus labios algunas palabras, en las que se mezclaban el nombre del Cid Campeador, el del rey Alfonso el VI y el de algunos cortesanos, elogiando y compadeciendo al primero, censurando al segundo, y maldiciendo á los últimos.

Pero hé aquí que por una loma que limita el horizonte por el lado de levante, asoma como medio centenar de caballeros en arnes de guerra, y al verlos reina una agitación extrema entre los villanos, los que se apresuran á abandonar sus labores, encaminándose á sus casas diseminadas en aquellas inmediaciones, como sucede en tiempo de guerra á la aproximación del enemigo.

— ¡El Cid Campeador!! esclaman con espanto, y en breve quedan los campos desiertos.

¿Es enemigo el Cid Campeador de aquellas gentes?

Por tal le debemos tener, según el espanto que pone su presencia.